

Esta es una pequeña muestra
del libro *Cuando Pecadores Dicen: "Acepto"*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2014 Poiema Publicaciones

¡El Evangelio para cada rincón de la vida!

Cuando Pecadores Dicen
“*Acepto*”

*Descubriendo el Poder
del Evangelio para
el Matrimonio*

DAVE HARVEY



Shepherd Press
Wapwallopen, Pennsylvania



Para Kimm,
Por convertir todos mis lamentos en “¡Ay! nana, nana”
Veinticinco años después,
todavía no puedo creer que dijiste “¡Acepto!”

Cuando Pecadores Dicen: “Acepto” - Descubriendo el Poder del Evangelio para el Matrimonio / por Dave Harvey

Copyright © 2010, 2012 por Dave Harvey

Las citas bíblicas, a menos que se indique lo contrario, han sido tomadas de *La Biblia de las Américas* © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio, visual o electrónico sin permiso escrito de la editorial.

Escanear, subir, o distribuir a este libro por internet, o por cualquier otro medio es ilegal y castigable por ley.

Publicado y distribuido (con permiso de Shepherd Press) por:
Poiema Publicaciones
Medellín, Colombia
E-mail: info@poiema.co
www.poiema.co

ISBN 978-0-9824387-1-8

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Contenido

Reconocimientos	5
Prólogo por Paul David Tripp	7
Introducción	9
<i>Capítulo 1</i>	
Lo que Realmente Importa en el Matrimonio	13
<i>Capítulo 2</i>	
Despertando con el Peor de los Pecadores	30
<i>Capítulo 3</i>	
La Niebla de la Guerra y la Ley del Pecado	43
<i>Capítulo 4</i>	
Sacándolo a Dar Un Paseo	59
<i>Capítulo 5</i>	
La Misericordia Triunfa sobre el Juicio	75

Contenido

Capítulo 6

El Perdón - Pleno y Gratuito 96

Capítulo 7

El Cirujano, el Bisturí, y el Cónyuge que Sigue
en Pecado 114

Capítulo 8

Gracia Tenaz 135

Capítulo 9

Respecto al Sexo 152

Capítulo 10

Cuando Pecadores Dicen Adiós 172

Notas 187

Reconocimientos

Para algunas almas talentosas, el escribir es un ejercicio solitario que brota en reclusión. Me maravillo al ver eso, porque yo soy lo opuesto. John Piper escribió en cierta ocasión, “La perseverancia en la fe es un proyecto comunitario.”¹ Así es para mí el escribir.

Permítame presentarle a la comunidad de personas sin quienes, simple y sencillamente, no hubiera escrito o terminado este libro. La primera tanda de agradecimientos es para el círculo cercano—aquellos que aceptaron la misión editorial de hacer de mis escritos algo mucho mejor de lo que son. Por más de dos décadas, Andy Farmer ha demostrado ser no sólo un amigo confiable, sino también un hombre que toma lo que digo y lo hace descifrable. Kevin Meath, editor extraordinario para Ministerios Gracia Soberana al momento que escribí esto, hizo a un lado una acumulación de proyectos para servir en este proyecto. Su trabajo editorial resultó en un mejoramiento notable. Erin Sutherland, mi secretaria excepcional, superó las obligaciones de su deber al contribuir con su abundante talento en casi cada aspecto de este proyecto. A este círculo de colegas, un simple agradecimiento parecerá bastante insuficiente.

Entre aquellos que se unieron a la comunidad desde una distancia está C.J. Mahaney, quien demostró su célebre bondad al aconsejarme durante todo el proyecto. Indiscutiblemente el ojo entrenado de Rob Flood para la redacción, acentuado por su servicio con Family Life Ministries (ministerios dedicados a la vida familiar), aumentó la calidad de este proyecto. Trish Donohue también tuvo la gentileza de dejar a un lado los deleites de la domesticidad por un tiempo para ayudarnos con el desarrollo de uno de los capítulos.

El equipo pastoral de la iglesia Covenant Fellowship merece un agradecimiento particular, no simplemente por reestructurar sus compromisos para liberarme un poco, sino también por concederme el indescriptible honor de dirigirlos durante los últimos diecisiete años. Y finalmente, mi familia—Kimm, Tyler, Alyce, Asa y Shelby—sin cuyo amor y apoyo, este libro sería un desperdicio de palabras.

Esa es la comunidad que me ayudó. Ahora, sé que es costumbre liberar a esta gente de responsabilidad por las deficiencias de este libro, pero me parece que un libro no convencional amerita un método diferente. Así que, si a usted no le gusta el libro, es culpa de ellos.

Prólogo

A habían venido conmigo para recibir consejos. Ahora Jeff y Ellie estaban frente a mí sentados en los extremos opuestos del sillón. Se sentía una fuerte tensión. Habían estado casados por quince años, y habían llegado al punto de apenas poder decirse una palabra cortés. Casi todo lo que decían era una acusación, sus palabras lanzadas con enojo extremo. Mi corazón se entristeció. Yo sabía que antes se habían adorado. Yo sabía que antes habían vivido para aferrarse a las palabras que decían mutuamente y que en el pasado su deleite era estar juntos. Y aunque habían anticipado su matrimonio con emoción y esperanza, ahora les era un motivo de enojo (¡“No puedo creer que el/ella me hizo esto”!) y de lamento (¡“Quisiera nunca haberme casado”!).

Dave Harvey sabe exactamente lo que está mal con esta pareja. Él sabe lo que los llevó a pasar de adoración a asperza y sabe cómo llevarlos a donde Dios diseñó que estuviera su matrimonio. Pienso que eso es lo que va a ser de ayuda práctica en este libro que usted va a leer. Está escrito por un hombre que entiende. No es porque sea pastor (aunque ello definitivamente ayuda), o un buen teólogo (aunque este libro

es rico en teología), o que entienda la destrucción y restauración de un matrimonio. No—él entiende lo que está mal en los matrimonios de todos los Jeff y Ellie del mundo porque está dispuesto a verse a sí mismo en el espejo de la Palabra de Dios y a reconocer lo que allí ve. Se ha dicho que el mejor pastor es el que está dispuesto a escuchar su propia enseñanza.

Este libro comprende el drama central de cada pareja casada. Este drama no respeta raza, origen étnico, ubicación, o período en la historia y es lo único que explica la fatalidad y la esperanza de cada relación humana. Este tema se encuentra en cada página de este libro de alguna manera. ¿Cuál es este drama? Es el drama del pecado y de la gracia.

¿Qué hacemos todos en nuestros matrimonios de alguna forma u otra? Todos tendemos a negar nuestro pecado (mientras señalamos el del otro). Al negar nuestro pecado le quitamos valor a la gracia. Lo importante de este libro es que al nivel de entrar a los pasillos y cuartos familiares de la vida diaria, es muy honesto acerca del pecado y muy alentador acerca de los asombrosos recursos de la gracia de Dios en Jesucristo.

No puedo sino desear que Jeff y Ellie hubieran leído este libro. Me hubiera gustado yo mismo haberlo leído años atrás, porque vez tras vez me ví reflejado en él.

Este libro me recordó de nuevo algunas cosas muy importantes. Me recordó que yo soy mi problema matrimonial más grande (difícil de aceptar, pero bíblicamente cierto). Me recordó, de manera muy práctica, que Jesús es la única solución. Me animó a recordar que la gracia hace posible nuevos comienzos. Y me retó a vivir como si realmente creyera que puedo ser un instrumento de la gracia de Dios en la vida de Luella.

No importa si usted está esperando casarse o si ha estado casado por muchos años. Hay una cosa de la que estoy seguro—su relación no es perfecta. Y porque no lo es, usted y su cónyuge necesitan verse en el espejo de la Palabra de Dios una vez más. Este libro les va a ayudar a hacer precisamente eso.

Paul David Tripp
13 de abril, 2007

Introducción

*L*al vez tenga curiosidad sobre el hombre que escribiría un libro titulado *Cuando Pecadores Dicen “Acepto.”* Mi nombre es Dave y . . . bueno . . . soy pecador. Haber dicho “acepto” hace veinticinco años a mi hermosa esposa no resolvió ese problema, lo multiplicó por diez. Las personas comprometidas a veces se pueden preguntar si la palabra “acepto” tiene poderes mágicos que nos encantarán y nos transformarán en personas instintivamente no egoístas y afectuosas. No los tiene. ¿Hubiera yo dicho “Acepto” si hubiera sabido lo que “acepto” realmente significaba? Sin duda. ¿La amplia sonrisa en mis fotos de boda se percibiría un poco menos confiada y un poco más, cómo lo digo, desesperada? ¡Con toda certeza!

¿Qué quiero comunicar cuando digo que soy pecador? Imagínese a un hombre llevando túnica de penitente, postrado en el suelo, echando tierra sobre su cabeza en vergüenza.

No, olvide eso. Imagínese mejor lo siguiente.

Antes yo tenía un sistema infalible para aspirar mi coche. Con sólo cincuenta centavos y cuatro minutos, yo podía utilizar mis tapetes como mesa de quirófano. La clave se encuentra en

la colocación de las alfombrillas, en pies ágiles, y en puertas abiertas. Una vez que la máquina cobraba vida, yo trabajaba como un agujero negro humano, chupando con la aspiradora todo lo que no estaba atado al coche. Claro que había un costo—perdí papeles importantes, cheques y hasta una o dos mascotas—pero siempre hay víctimas en el mantenimiento de un sistema con orden. Era mi manera de hacerlo. La única manera.

¿Nunca le ha pasado que está tan dedicado a su manera de hacer las cosas que eso le vuelve pues . . . medio tonto?

Un día en el lavado de coches, deposité mis dos monedas y giré rápido a trabajar sólo para golpearme la rodilla contra la puerta abierta. El contundente impacto a mi rodilla fue tan agudo que mis piernas se doblaron. Mientras gemía allí prostrado, el zumbido tenue de la aspiradora penetró mi conciencia recordándome que segundos preciosos se me estaban escapando. Sabía que el “Sistema Limpia-Autos de Cuatro Minutos” de Dave estaba en peligro. Mareado con dolor y asiendo mi rodilla punzante, tambaleante, me puse de pie y me arrojé dentro del auto. Todavía se habla de ese espectáculo en el servicio de lavado de autos. Pero, que conste en el acta que exitosamente limpié el auto entero en los cuatro minutos requeridos. Es obvio que tengo un ánimo un tanto ridículo para competir.

Tal vez piense que un hombre que ha aconsejado a parejas por más de veintiún años ya debiera haber superado ese tipo de conducta. Continúe leyendo—es peor de lo que piensa.

Tengo problemas de control. Agréguele a eso que me encanta tener la razón. Eso quiere decir que tiendo a ver las opiniones de los demás como inferiores. Odio estar equivocado. También, a veces lo que la gente piensa de mí determina lo que hago. Me preocupo por problemas que no puedo resolver. Descubrirá mucho más acerca de mi conjunto particular de motivaciones mixtas a través de este libro. Pero le aseguro que cuanto más a mí me conozca más admirará a mi esposa.

Encontré un pasaje en la Biblia que describe mi mayor problema y el reto más grande en mi matrimonio. “Porque el deseo

de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne, pues éstos se oponen el uno al otro, de manera que no podéis hacer lo que deseáis” (Gálatas 5:17).

Lo que me encanta de este pasaje no es sólo que describe mi vida tan bien, sino que fue escrito por alguien que podría suponerse que ya habría resuelto los problemas de pecado en la vida. ¿No fue Pablo el que escribió, “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13)? Ciertamente, pero también es el que confesó, “¡Miserable de mí! ¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:24).

¿El apóstol Pablo era miserable? ¿Cómo es que funciona eso? Vaya, ha de haber sido muy malo. Pero qué si le digo que un gran matrimonio—una unión que glorifica a Dios, que inspira el alma y que perdura toda la vida—brota de la convicción de que somos pecadores igual que Pablo. ¿Eso le intriga lo suficiente como para seguir con el próximo capítulo? Para allá vamos si tiene el valor para acompañarme. ¿Le provoca curiosidad?

Déjeme ayudarle con algo que me ha ayudado a mí. El decir “soy un pecador” es encarar audazmente la realidad fundamental a la que mucha gente ni siquiera quiere voltear a ver. Mas cuando reconocemos esa realidad dolorosa en nuestras vidas, se aclaran varias cosas importantes. Nos encontramos en buena compañía—los héroes de la fe, desde el Antiguo Testamento al presente, quienes experimentaron la lucha contra el pecado en el frente de la batalla. También reconocemos lo que todos a nuestro alrededor ya saben, en particular nuestros cónyuges. Pero, sin duda, el mayor beneficio de reconocer nuestra pecaminosidad, es que hace que Cristo y su obra sean preciosos para nosotros. Como dijo Jesús, “Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Lucas 5:31–32). Sólo los pecadores necesitan un Salvador.

Si usted está casado, o pronto se casará, está descubriendo que su matrimonio no es una novela romántica. El matrimonio es la unión de dos personas quienes llegan cargando el bagaje

de la vida. Y ese bagaje siempre contiene pecado. A menudo se abre en la misma luna de miel, y a veces espera hasta la siguiente semana. Pero las maletas siempre están allí, a veces haciendo tropezar a sus dueños, a veces abriéndose sin aviso y desparramando su contenido olvidado. No debemos ignorar nuestro pecado, porque es el contexto en el cual el evangelio luce más brillante.

Esto me conduce al punto central de este libro. *Cuando Pecadores Dicen "Acepto"* no es un pensamiento deprimente. Este libro reconoce que para llegar al corazón del matrimonio debemos tratar con el corazón del pecado. Un gran pastor alguna vez dijo, "Hasta que el pecado sepa amargo, Cristo no será dulce."¹ Éste descubría una verdad profunda del evangelio. Hasta que entendamos el problema, no podremos deleitarnos en la solución. La gracia es verdaderamente asombrosa por causa de aquello de lo que fuimos salvos.

Creo que hay una aplicación fuerte aquí: *cuando el pecado se vuelve amargo, el matrimonio se vuelve dulce*. Cuando el pecado que traemos al matrimonio se vuelve real para nosotros, entonces el evangelio se hace vital y el matrimonio se vuelve dulce.

¿Le causa temor? Claro que sí. Pero el evangelio es la buena nueva que resuelve el problema de las malas noticias. El mismo pecado que usted teme ver es precisamente la razón por la cual Cristo murió en su lugar. El evangelio convierte nuestro temor en alabanza.

Mi pecado, oh, ¡la dicha de este pensamiento glorioso!
Mi pecado, no en parte sino todo
Está clavado a esa cruz, y ya no lo llevo yo
¡Alaba al Señor, Alaba al Señor, oh alma mía!

Si ya no nos tenemos que preocupar por la vida venidera, ¿por qué entonces no trabajar en mejorar la vida actual? Su matrimonio se puede construir o reconstruir sobre un fundamento sólido y perdurable. Pero debemos comenzar en donde comienza el evangelio; allí está la esperanza para los pecadores que dicen, "Acepto".

Capítulo Uno

Lo que Realmente Importa en el Matrimonio

Teólogos ante el altar

*U*n despliegue de coloridas luces adornó el santuario al momento en que las puertas se abrieron. Un himno procesional se unió al dulce aire primaveral que entraba suavemente por las ventanas abiertas. La madera negra de los bancos crujía al ritmo de la tradición, el decoro y la decencia, mientras amigos y familiares se ponían de pie.

Temblando imperceptiblemente, con el labio entre los dientes para calmarse, la novia empezó su marcha—una marcha que había ensayado en su desván por dos décadas. Su destino era un joven entusiasmado, un manojo de energía vestido con un traje de etiqueta. Una sonrisa había secuestrado su cara y sus ojos bailaban con deleite mientras contemplaba acercarse a su novia.

El ministro que oficiaba inclinó su cabeza en un gesto de aprobación mientras padre e hija hicieron la transferencia ceremonial, colocando la mano de la hija en la del novio. “Si hay alguien aquí,” anunció el pastor, “que puede presentar razón por la cual no se deben unir este hombre y esta mujer, ¡que hable ahora o que calle para siempre!” Todos esperaban en cortés anticipación mientras el ministro pausó, respetando esta obligación de la costumbre. De repente la voz de un anciano penetró el atento silencio.

“¿Cómo saben?”

Estaba parado atrás, agarrado del banco frente a él, sus ojos penetrantes ardientemente apasionados. “Con todo respeto,” apeló, cuando cada rostro volteó a verlo.

“Pero, ¿cómo pueden saber—digo, realmente saber—que este matrimonio va a funcionar?”

Su tono era serio, pero no insolente. Su exabrupto tal vez fue sorprendente para la congregación, pero era completamente sincero.

Luego, en voz baja y con los ojos viendo hacia abajo, sus últimas palabras salieron lenta y deliberadamente.

¿Cómo . . . cómo puede alguien saber?”

Algunos miraron a este hombre con curiosidad. Otros indignados lo miraron con ojos feroces. Y mientras su inesperada pregunta hacía eco en las vigas, parecía que el tiempo se hubiera congelado, mientras docenas de personas formularon sus respuestas en silencio, cada una escuchando su propia voz en su propia mente.

Están enamorados—el amor triunfa sobre todo, pensó la dama de honor.

La compatibilidad es la clave. Este matrimonio es una garantía, pensó un amigo mutuo.

El pastor de jóvenes, quien los había servido en años anteriores y conocía a ambas familias desde hacía muchos años, se dijo, *Tiene todo que ver con la crianza. Estos jóvenes irán lejos porque ambos vienen de buenas familias.*

El tío Roberto, el Contador Público, acomodó su corbata y se rió entre dientes. *¿Tienes una idea de lo que será su portafolio de inversiones en unos pocos años, amigo? Una buena planeación financiera elimina el factor más amenazante a matrimonios sanos.*

Han leído todo libro que existe sobre el matrimonio—¿qué más necesitan saber? se preguntaba el padrino de honor.

Con el fin de rescatar la ceremonia el pastor interpuso su solución. “Queridos hermanos, estamos reunidos aquí para consagrar este matrimonio a Dios. Él lo hará funcionar. Oremos . . .”

Buena pregunta, buenísima respuesta

Imagínese que esta historia fuera verídica. ¿Qué pensaría? ¿Quién tiene la razón? ¿Todos? ¿Ninguno? ¿Qué hubiera pasado por su mente en ese momento?

Aun más importante, ¿qué le respondería a ese anciano si a usted le hiciera esa misma pregunta acerca de su matrimonio ahora? Tal vez para usted la pregunta no es tanto, “¿Funcionará?” sino más bien, “¿Puede mi matrimonio llegar a ser todo lo que debería ser?”

Si está leyendo esto, es obvio que para usted es importante esa pregunta. Nuestras metas en el matrimonio no se limitan a “¿perdurará?” o “¿funcionará?” Lo que la gente anhela en estas relaciones tan significativas es que un matrimonio prospere y crezca aun en tiempos difíciles. Así que me gustaría presentar una respuesta que tal vez no se le haya ocurrido. Es una respuesta que refleja la idea central de todo este libro.

Antes que nada, permítame comentar que tienen mérito todas las respuestas dadas por los asombrados invitados en nuestra boda imaginaria: amor, compatibilidad, buena crianza, buena planeación, conocimiento, una fe compartida. Cada uno es un componente de gran ayuda y hasta indispensable para un matrimonio floreciente. Tal vez usted pueda pensar en otras respuestas igualmente buenas.

Pero hay una respuesta que respalda todas las demás, y las hace colaborar de la mejor manera posible. Es una respuesta tan amplia que vamos a pasar el resto de este libro desarrollando algunas de sus implicaciones. A lo mejor no suena tan estremecedora al principio, pero según las Escrituras y todo lo que he aprendido siendo pastor por los últimos veintiún años, le aseguro que esta verdad puede sacudir su mundo.

Aquí se la presento: *Lo que creemos acerca de Dios determina la calidad de nuestro matrimonio.*

No se me pierda

Permítame tomar un momento para explicarlo. Todo el mundo ve la vida desde una perspectiva—lo que algunos llaman la cosmovisión. Nuestra cosmovisión se forma a través de muchas cosas: nuestra cultura, nuestro género, nuestra crianza, nuestra situación actual, etc. El factor más profundo que determina la cosmovisión de cualquier persona es su entendimiento de Dios. Lo que una persona cree acerca de Dios determina lo que él o ella piensa acerca de cómo llegamos a estar aquí, cuál es nuestro propósito, y qué nos pasa cuando morimos. Entonces, básicamente, nuestra cosmovisión, nuestra perspectiva de la vida, está determinada por nuestra perspectiva de Dios. Y cuando hablamos acerca de la teología, realmente estamos hablando de lo que pensamos acerca de Dios. Lo que usted realmente cree acerca de Dios y de lo que significa vivir para Dios *es* su teología. En otras palabras, los teólogos no son solamente ancianos muy inteligentes en seminarios, u hombres muy inteligentes ya muertos y reposando en cementerios . . . ¡usted es un teólogo también! Escuche a lo que dice un teólogo bien conocido en nuestros tiempos, R. C. Sproul:

Ningún cristiano puede evitar la teología. Cada cristiano es un teólogo. Tal vez no en el sentido técnico o profesional, pero no

obstante, teólogo. La pregunta para los cristianos no es si vamos a ser teólogos, sino si vamos a ser buenos o malos teólogos.¹

¿Qué tipo de teólogo es usted? No es difícil saberlo. Nos demos cuenta o no, nuestras ideas en cuanto a la vida, necesidades, matrimonio, romance, conflicto, y todo lo demás se revelan continuamente en nuestras palabras y acciones, inevitablemente reflejando nuestra perspectiva de Dios. Si usted presta atención, verá que la teología brota de nuestros labios todos los días. A ver si lo reconoce en este fragmento de conversación.

“¡Cómo me frustra cuando haces eso!”

“¡Ah sí! ¡Pues ni modo! Así soy yo—no es mi culpa que mi forma de ser te presione todos tus botones equivocados.”

“Te digo que realmente no te importan mis necesidades.”

“¿Tus necesidades? ¿Y qué de mis necesidades? ¿Apparentemente mis sentimientos no tienen valor en este matrimonio.”

“¿Por qué no puedes confiar en mí?”

¿Un duelo de palabras típico en el matrimonio? Tal vez. Pero es mucho más que eso. Tales declaraciones tan sencillas, que cada persona casada pudiera pensar (aun si no siempre las decimos), provienen de corazones que han aceptado ciertas suposiciones acerca de quiénes somos, qué necesitamos, lo que realmente importa, y cómo entra Dios en todo ello. En una conversación como esta, a la teología se le saca de la cochera y se le lleva a dar un paseo.

Tal vez no sea muy obvio ahora pero espero que quede claro a medida que progrese este libro. Un buen cónyugeteólogo cotidiano puede ver en esta conversación cuáles son las creencias acerca de Dios y de uno mismo, de problemas y relaciones, y del bien y el mal que están siendo fervientemente defendidas y alegadas. Se encuentran en el término, “frustra”. Se revelan en los puntos de referencia “mis necesidades”. Y se muestran en las suposiciones subyacentes “así soy yo”.

Así que no cabe duda. La manera en que un marido y mujer construyen su matrimonio día a día y año tras año se forma fundamentalmente por su teología. Gobierna cómo piensan, lo

que dicen, y cómo actúan. Su teología gobierna su vida entera. Y determina cómo viven dentro de su matrimonio.

Primero lo primero: alinear los botones

¿Nunca se ha abrochado mal los botones de la camisa? Ya sabe, de manera que los ojales y los botones no coinciden y la camisa se ve como si un niño de primaria se la hubiera puesto. (Es sólo una corazonada, pero creo que esto sólo les sucede a los hombres.) Me sucedió a mí recientemente. Metí el primer botón en el ojal equivocado y le seguí hasta que estaba luciendo una moda horripilante. Lo que da risa es que, yo pensé que me veía muy bien—tal vez tenía un botón adicional al final de la camisa, pero era obvio que eso era defecto de la camisa.

Momentos así ponen a mi esposa Kimm en una situación difícil. *¿Se la arreglo otra vez? considera ¿o deajo que los muchachos en la oficina lo disfruten?* Esta vez tuvo misericordia, y todos mis botones quedaron bien abrochados.

Es impresionante cuan distorsionado y desaliñado se puede ver uno al equivocarse con ese primer botón. Si empieza mal, ya no hay manera de remediar el problema. Atinarle al primero es la clave para atinarle a todo lo demás.

El matrimonio es como esa camisa. Si uno hace bien las primeras cosas, entonces los muchos otros “botones” del matrimonio—la comunicación, el resolver conflicto, el romance, los roles—todos empiezan a alinearse de tal manera que sí funciona.

¿Cuál es el primer botón en el matrimonio? Correcto . . . ¡la teología! Pero ¿cómo se identifica una teología “bien abrochada”? Vamos a hablar brevemente de tres de los componentes más importantes de una sólida y bíblica teología del matrimonio.

El fundamento de su matrimonio—la Biblia

Para ser un buen teólogo y por lo tanto un buen cónyuge, debemos estudiar a Dios como Él realmente es. Debemos

adquirir nuestro entendimiento e interpretación de Dios y de la realidad de las Escrituras. Es en las Escrituras donde Dios se revela verazmente—su carácter, su obrar, su corazón, y su plan glorioso y redentor. Y lo más profundo de todo es que en la Biblia encontramos a Dios como Él finalmente se dio a conocer en la persona de Jesucristo. Cristo es “la verdad” (Juan 14:6). Conocerlo a Él es conocer la verdad. Los matrimonios fundados en la verdad están intrínsecamente centrados en Cristo.

Obviamente vivimos en tiempos en que el significado del matrimonio está en el aire. Desligado de toda fuente de autoridad, el matrimonio sigue a la cultura, sin importar a dónde vaya la cultura. Después de una noche loca de fiesta, una estrella del pop se casó para luego anular el matrimonio a la mañana. Tal vez para ella el matrimonio sólo fuera algo divertido que hacer por un par de horas, no muy diferente a pasear una tarde en un centro comercial o ir un rato a Starbucks. Sólo un capricho espontáneo. No pasa nada.

Es por esto que la Biblia es tan importante. Siendo la Palabra de Dios, infunde el matrimonio de importancia eterna y gloriosa. También habla con autoridad acerca de lo que un matrimonio debiera ser. Es a la vez el estándar de evaluación y la clave para el gozo en el matrimonio. Es una cosa maravillosa y liberadora el darse cuenta de que la durabilidad y la calidad *de* su matrimonio no depende finalmente del vigor de su compromiso *a* su matrimonio. Más bien, depende de algo completamente *aparte de* su matrimonio: la verdad de Dios; una verdad que encontramos sencilla y claramente en las páginas de las Escrituras.

Conozco a un ingeniero con un trabajo demasiado complicado como para que yo siquiera lo empiece a entender. Hace poco me contó de un programa informático con un manual operativo que requería una explicación personal del creador del programa. Ingenieros de todas partes del mundo volaron para reunirse con este inventor para tener sesiones sobre cómo interpretar el manual y usar el programa. La razón de esto

era estar con el creador del programa quien había escrito el manual y quien, por tanto, tenía la autoridad para hablar de ello. ¡Buen punto de partida! Me suena lógico.

Suena lógico en el matrimonio también. Dios creó el “programa” del matrimonio, escribió el “manual operativo”, y es fiel a explicarlo. Él es la única autoridad confiable y fidedigna sobre el tema del matrimonio. Como el “inventor” (vea los primeros dos capítulos de Génesis), Él sabe cómo funciona y sabe cómo hacerlo durar. Señor sobre el matrimonio, Él nos ha dado todo lo que necesitamos para la vida y la piedad—y para el matrimonio—en su Palabra.

La Biblia es la base para un matrimonio fructífero.

La fuente de su matrimonio—el Evangelio

Si queremos vivir teniendo la Biblia como la base para el matrimonio, debemos asegurarnos de que estemos bien claros acerca de qué se trata realmente. He aquí una breve visión general de la perspectiva de la Biblia.

Bueno, vamos a ver. En los primeros dos capítulos de Génesis vemos que Dios creó al hombre y a la mujer para que vivieran dependiendo de Dios y para Su gloria. Sin embargo, después de tres capítulos de la Biblia, se han apartado de Dios hacia ellos mismos—el pecado ha entrado al panorama. Como resultado directo, han perdido la relación extraordinariamente personal que gozaban con Dios—un rompimiento que afectaría a cada persona que existiera después de ellos. Muchas, *muchas* páginas después, al final del libro de Apocalipsis, Dios ha restaurado por completo, la relación personal que fue perdida por Adán y Eva, y ha creado un cielo nuevo y una tierra nueva para su pueblo.

Veamos—en la antigüedad había una relación que se rompió por el pecado. Luego, en un momento futuro sería removido el pecado y restaurada por completo la relación. Hay un patrón bastante claro allí. Ahora, ¿qué sucede con los sesenta y cuatro libros de por medio? Sucede el evangelio. Dios envió a su Hijo

como respuesta al problema del pecado, no sólo como un ejemplo de bondad moral o para enseñarnos cómo vivir, sino para sobrellevar el juicio por el pecado prometido en Génesis 3, a fin de que pudiéramos vivir en una relación restaurada con Dios para siempre.

El evangelio es el corazón de la Biblia. Todo lo que está en las Escrituras es una preparación *para* el evangelio, una presentación *del* evangelio, o una participación *en* el evangelio. En la vida, muerte, y resurrección de Cristo, el evangelio provee una solución final para nuestro pecado—para hoy, para mañana, para el día en que estemos delante de Dios, y para siempre.

Realmente no hay fin a las glorias del evangelio, y es por eso que pasaremos la eternidad maravillándonos de que un Santo Dios eligiera humillar a su hijo primogénito por el bien del hombre pecador. El evangelio explica nuestro problema más obvio y más básico—el pecado nos ha separado de Dios y de los demás. Así que somos objetos de ira. Un cristiano entiende la necesidad de la cruz; ¡nuestro pecado era tan grave que requería sangre, la sangre de Dios, para quitarlo! Sin la cruz estamos en enemistad con Dios, y Él está enemistado con nosotros.

Así que el evangelio es central a toda verdad teológica, y es la realidad preponderante que le da sentido a toda realidad. Sería un gran error pensar que el evangelio sólo sirve para el evangelismo o para la conversión de la gente. *Por* el evangelio entendemos que, aun siendo salvos, seguimos siendo pecadores. Y *por* el evangelio recibimos poder para luchar contra el pecado. Entender correctamente y aplicar continuamente el evangelio *es* la vida cristiana.

Esto también significa que el evangelio es una fuente inagotable de la gracia de Dios en su matrimonio. Para ser un buen teólogo y para tener la esperanza de un matrimonio duradero y fructífero, usted debe tener un entendimiento claro del evangelio. Sin eso, usted no *podrá* ver a Dios, ni a usted mismo, ni a su matrimonio como realmente son.

El evangelio es la fuente de un matrimonio próspero.

El punto central de su matrimonio—la gloria de Dios

Cuando empezamos a centrar nuestros matrimonios en verdades bíblicas, vemos algo asombroso. El matrimonio no sólo fue *inventado* por Dios, sino que también a Él le *pertenece*. Él tiene derechos únicos sobre su diseño, propósito y metas. De hecho, realmente existe *más* para Él que para usted, para mí, y para nuestros cónyuges.

Así es. El matrimonio no se trata primeramente de mí o de mi pareja. Obviamente el hombre y la mujer son una parte esencial, pero a la vez son secundarios. Dios es el personaje más importante en un matrimonio. El matrimonio es para nuestro bien, pero primero es para la gloria de Dios.

Puede ser que suene raro o sorprendente, o que le sea difícil de aceptar, pero es una verdad vital para toda pareja cristiana casada. Un servicio en la iglesia puede inyectarle formalidades religiosas a una boda, pero el hacer a Dios la autoridad en el matrimonio es una realidad diaria.

En mi ministerio pastoral, he visto el triste fruto de fracasar en darle a Dios lo que le pertenece:

- Parejas jóvenes que abrazaron precipitadamente el romance, menospreciando la sabiduría de la gente más cercana a ellos, tratando de usar el matrimonio para legitimar deseos descontrolados. No vieron el matrimonio como algo que en primer lugar se trata de Dios.
- Parejas cristianas casadas que abandonaron sus papeles bíblicos y responsabilidades matrimoniales a favor de “lo que funciona,” aun si esto significa conformarse a tener mucho menos de lo que pudieran tener. No vieron el matrimonio como algo que en primer lugar se trata de Dios.
- Y lo más trágico de todo, familias cristianas destrozadas por el divorcio cuando uno o ambos cónyuges simple y sencillamente decidieron que las necesidades personales eran más importantes que lo que Dios había unido. Ellos

no vieron el matrimonio como algo que en primer lugar se trata de Dios.

El apóstol Pablo pasa mucho tiempo en el quinto capítulo de Efesios hablándole a la gente casada. Habiendo delineado en capítulos previos lo que Cristo había hecho por ellos individualmente, ahora exhorta a maridos y mujeres a “que viváis de manera digna de la vocación con que habéis sido llamados” (Efesios 4:1). El capítulo 5 está lleno de instrucciones específicas para construir un matrimonio fructífero. El punto más notable de Pablo es que *Cristo es el punto de referencia para todas nuestras acciones dentro del matrimonio*.

Las mujeres deben someterse a sus maridos “como al Señor” (v. 22). Los maridos deben amar a sus mujeres “así como Cristo amó a la iglesia y se dio a sí mismo por ella” (v. 25). Maridos deben nutrir y amar a sus esposas, “así como también Cristo a la iglesia” (v. 29). En cada caso podemos ver que aunque la conducta sí es nuestra, existe un drama mayor que se está llevando a cabo a través de esa conducta.

Vemos ese drama otra vez en el versículo 32, donde algo glorioso y desconcertante sucede. “Este misterio es profundo, y estoy diciendo que se refiere a Cristo y la iglesia.” El comentarista George Knight provee esta útil perspectiva:

Sin haberlo sabido la gente de los tiempos de Moisés (era un “misterio”), el matrimonio fue *diseñado por Dios* desde un principio para formar una imagen o parábola de la relación entre Cristo y la iglesia. En aquel tiempo cuando Dios estaba planeando cómo sería el matrimonio, lo planeó para este gran propósito: daría una imagen terrenal hermosa de la relación que algún día existiría entre Cristo y Su iglesia. Por muchas generaciones, la humanidad no tuvo conocimiento de esto, y es por eso que Pablo lo llama un “misterio”. Mas ahora, en la era del Nuevo Testamento Pablo revela este misterio, y es asombroso.

Esto quiere decir que cuando Pablo necesitó hablarles a los Efesios acerca del matrimonio, no sólo buscó por ahí alguna analogía útil y de pronto se le ocurrió que “Cristo y la iglesia” pudiera ser una buena ilustración para su enseñanza. No, era mucho más fundamental que eso: Pablo captó que *cuando Dios diseñó el matrimonio original, ya tenía en mente a Cristo y a la iglesia*. Este es uno de los grandes propósitos de Dios dentro del matrimonio: ¡el representar la relación entre Cristo y su pueblo redimido para siempre!²

Creo que eso califica como algo profundo. El matrimonio está establecido dentro del mundo—y dentro de su hogar y el mío—como un recordatorio, una parábola viviente de la relación de Cristo con la iglesia.

Los meses de preparativos, el Gran Día, la luna de miel inolvidable—todos son importantes, pero hay algo más importante en juego que un buen álbum de boda. Cuando un hombre y una mujer se unen en matrimonio, se pone en marcha un modelo nuevo, y de por vida, de la relación entre Cristo y su iglesia.

Es demasiado fácil actuar como si el esposo y la esposa fueran las únicas partes relevantes en el matrimonio. Pero el matrimonio finalmente se trata de Dios. Además, el matrimonio no es asombroso porque brinda gozo a la gente, ni porque permite un ambiente de cuidado y cariño para los niños, ni porque trae estabilidad a la sociedad (aunque sí hace todo esto). El matrimonio es maravilloso porque Dios lo diseñó para mostrar su gloria.

El punto central de un matrimonio floreciente es la gloria de Dios.

El matrimonio es la teología al nivel de la vida diaria

Bueno, hemos empezado a construir una teología clara, correcta y bíblica del matrimonio. Pero si su matrimonio es algo semejante al mío, usted no vive su teología en un mundo de torres de marfil con bibliotecas apacibles y pensamientos profundos. Somos teólogos cotidianos, tratando de practicar

nuestra fe en un mundo donde las parejas se enojan y las puertas se cierran mediante un portazo.

Así que con las buenas nuevas del evangelio en mente—que Cristo vino al mundo para rescatar a pecadores—tengo que hacer la pregunta tonta de la semana: ¿sigue usted pecando? ¿y su cónyuge? Permítame ponérselo fácil.

Hombres, ¿la mujer radiante en cuyo dedo pusieron el anillo matrimonial?...*pecadora*. Mujeres, ¿el hombre que les ofreció su voto de fidelidad perfecta y sacrificio de por vida?...*pecador*. En ceremonias en todas partes del mundo, cada día, sin excepción, son pecadores quienes dicen, “Sí, acepto.” Son pecadores quienes celebran su décimo aniversario, el de veinticinco, y el de cincuenta años. Son pecadores quienes comparten un beso final en el lecho de muerte de su cónyuge. Es un pecador el que escribió este libro. Y son pecadores los que lo están leyendo.

La lucha diaria contra el pecado experimentada por cristianos genuinos subraya el hecho de que mientras que Cristo ciertamente nos salvó, Él no nos transforma instantánea y completamente en no-pecadores. Ese proceso glorioso inicia en el momento en que nos convertimos, y continúa durante el curso de nuestra vida terrenal, pero sólo se consumará cuando dejemos este mundo caído.

Por eso, aquí en el primer capítulo—¡y hasta en el mismo título del libro!—he intentado enfatizar y personalizar la realidad del pecado. Dios nos está transformando a nosotros pecadores. Ese proceso de cambio apunta a una meta gloriosa—hacernos semejantes a Su hijo, nuestro Salvador. Pero para llegar a ser más como Cristo, tenemos que enfrentar el hecho de que somos pecadores; perdonados, sí, pero luchando aun con el impulso interno de alejarnos de Dios y volvernos hacia nosotros mismos.

Sin esa claridad bíblica, no tenemos contexto para la cruz ni una conciencia continua de nuestra necesidad de gracia y misericordia. Sin una perspectiva robusta del pecado, la mera noción de lo que significa conocer a Dios se debilita grandemente. Cornelius Plantinga escribió, “La grave verdad

es que sin una completa revelación del pecado, el evangelio de la gracia se vuelve impertinente, innecesario, y finalmente aburrido.”³ Sin una “revelación completa del pecado,” la auto-confianza ciega nos lleva a tratar de hacer que nuestros matrimonios funcionen en nuestra propia fuerza. Y todo lo que intentamos hacer en nuestras propias fuerzas nunca tiene la gloria de Dios como meta final, y no obtiene su vida de la fuente del evangelio.

Si su luna de miel ya es una memoria distante y su matrimonio ha perdido algo de su ardor y chispa, considere esto: ¿qué si abandona la idea de que los problemas y debilidades en su matrimonio son causados por una falta de información, dedicación, o comunicación? ¿qué si usted viera sus problemas como realmente son: causados por una guerra dentro de su propio corazón?

Si acaso está leyendo este libro en medio del resplandor y éxtasis de su luna de miel, ahora sería un buen momento para acercarse a su terroncito-de-azúcar-con-miel y susurrarle tiernamente, “Realmente soy un gran pecador—y soy tuyo(a) de por vida.”

Así es como se practica la teología cotidiana dentro del matrimonio.

Hasta que el pecado sepa amargo, Cristo no será dulce

En este libro, le quiero convencer de que tratar con el problema del pecado es la clave para un matrimonio fructífero. Cuando aplicamos el evangelio a nuestro pecado, nos da esperanza en nuestras vidas personales y en nuestros matrimonios. Las malas nuevas llevan a unas grandiosas nuevas. Así es la historia de la Biblia y la historia de nuestras vidas.

El gran pastor a quien mencioné en el prefacio era Tomás Watson. ¿Recuerda sus palabras? “Hasta que el pecado sepa amargo, Cristo no será dulce.” Quiere decir que hasta que verdaderamente entendamos el problema, no disfrutaremos la solución. ¿No es este su testimonio? ¿No ha visto que, cuánto

más claramente usted entiende el alcance horrible del pecado, más rápido corre hacia el Salvador, revelado de nuevo en su gloria, santidad, belleza y poder?

Ver primero nuestro propio pecado como la raíz de los problemas en nuestro matrimonio no es fácil, y definitivamente no nos “brota naturalmente”. El pecado que permanece en su corazón y en el mío se opone a Dios y a su pueblo. Obstruye nuestro gozo y santidad. Eclipsa matrimonios fructíferos y sanos, los cuales son testimonios de la bondad y misericordia de Dios.

Sin embargo, a medida que empezamos a reconstruir nuestros matrimonios sobre la Palabra de Dios y sobre el evangelio de la victoria de Cristo sobre el poder del pecado, a medida que encaramos la triste, dolorosa e innegable realidad de nuestro pecado remanente . . . cuando lo vemos como la cosa amarga y odiosa que es . . . y reconocemos sus metas insidiosas como la raíz de cada dificultad relacional con la cual nos enfrentamos, algo maravilloso sucede. Corremos hacia el evangelio como el único remedio.

Entonces empezamos a darnos cuenta de que hay una nueva esperanza para nuestros matrimonios. Mucha esperanza. Una esperanza que emerge del poder del evangelio, el mismo poder que resucitó a Cristo de la tumba. Captamos un vislumbre de la dulce relación en la que se puede convertir nuestro matrimonio—una unión viva y provechosa en la cual los pecados son confesados y perdonados. Amigos, cuando el pecado se vuelve amargo, el matrimonio se vuelve dulce.

Como aquel anciano que interrumpió lo que por todo lo demás era una linda boda, a muchos de nosotros nos entristece ver matrimonios que han empezado tiernamente, pero que no permanecen así. Cada, “acepto” viene con la esperanza de que perdurará ese amor devoto. ¿Pero cómo podemos estar seguros? ¿Cómo sabemos que nuestros matrimonios no sólo perdurarán, sino también darán fruto, volviéndose más dulces y deleitosos con el pasar del tiempo?

Lo que realmente buscamos es un matrimonio que prospere, cuyo resplandor vaya en aumento, que se vea y funcione como lo que habíamos esperado desde el principio—tal vez hasta más allá de lo que habíamos esperado. La promoción de matrimonios agradables, que glorifiquen a Dios es el motivo de este libro. Espero que eso sea lo que usted busca al leerlo.

¿A dónde proseguimos de aquí?

Hace veinticinco años, en las escaleras de mi universidad, le canté una canción a Kimm y le pedí la mano en matrimonio. Cualquiera persona que me hubiera escuchado cantar hubiera apostado a que ella no me iba a aceptar. Pero dijo, “¡Sí!” No tenía ni idea de la aventura que Dios tenía para nosotros.

Ahora tenemos cuatro hijos y un gato. No me gustan los gatos, pero estoy enloquecido por Kimm, y porque a *ella* le encantan los gatos, trato de tolerarlo.

Nuestras vidas son complicadas; “tambaleantes” sería mejor palabra. Nuestro matrimonio es un caos rico y dulce. Pero nuestro caminar se sostiene, a través de la gracia de Dios, por un compañerismo apasionado que se profundiza cada año. Es un misterio para mí, pero no lo es para Dios. Fue Su idea exaltar Su nombre cuando pecadores dicen, “acepto”.

Por la gracia de Dios, el consejo de los hombres a quienes rindo cuentas en mi iglesia local, y mucha enseñanza excelente, la mayoría del tiempo los botones de nuestro matrimonio están bien alineados. Inició hace años cuando empezamos a aprender una verdad sencilla acerca de la importancia de prestar mucha atención a la Palabra de Dios. “Lo que se nos viene a la mente cuando pensamos acerca de Dios,” dice A.W. Tozer, “es lo más importante de nosotros.” Ese es el primer botón en mi libro, y es por eso que enfatizo “el ver a Dios, a usted mismo, y a su matrimonio por lo que realmente son.”⁴

Al llegar al final de este primer capítulo, tal vez usted se esté dando cuenta de que algunos de sus botones están fuera de lugar. Tal vez esté pensando que si su experiencia del pecado

no es tan amarga, y su experiencia en el matrimonio no tan dulce, tal vez su teología no es lo que debiera ser.

Está bien. Acompáñeme por el resto del libro y haré mi mejor esfuerzo para compartirle muchas cosas maravillosas del matrimonio que he aprendido de las Escrituras y de otros mucho más sabios que yo. Veremos que el pecado, aunque engañoso, es a la vez sorprendentemente predecible. Investigaremos los gloriosos misterios de la misericordia, la gracia, y el perdón, y veremos cómo estos se convierten en herramientas prácticas y poderosas en manos de un buen cónyuge-teólogo. Examinaremos una variedad de maneras en que podemos ayudar y servir a nuestro cónyuge, desde la intensidad de la confrontación hasta la ternura de la intimidad sexual. Y veremos hacia el futuro, cuando nuestro tiempo en esta tierra se acorte, aprendiendo qué significa honrar a Dios en el matrimonio cuando nuestro cuerpo se debilita.

¿Pudiera ser que usted y su amado(a) sean de verdad pecadores? ¡Entonces este libro es para ustedes! Y ¿pudiera ser que Dios ya *sabe* que son pecadores, y que aun así les da todo lo necesario para construir un matrimonio fructífero *de todos modos*? Dios apoya completa y totalmente cada esfuerzo para construir un matrimonio fuerte, que glorifique a Él. Él quiere que nos deleitemos en el matrimonio. El quiere hacerlo fuerte, perdurable y dulce.

Venga conmigo, vamos a explorar lo que realmente significa ver a Dios, a nosotros mismos y a nuestro matrimonio por lo que realmente son. Es allí donde empieza todo.

Capítulo Dos

Despertando con el Peor de los Pecadores

*Las nuevas sobre quiénes realmente
somos*

*S*uspiré . . . había metido la pata otra vez. Mi esposa se había retrasado un poco en nuestro plan original. Y en lugar de esperarla pacientemente (o tal vez hasta tomar la iniciativa para ayudarle) hice lo que hago con tanta excelencia: pontifiqué, poniéndome a especular en voz alta sobre cuántos minutos en total de nuestra vida ella había desperdiciado en retrasos. Mis cálculos no la impresionaron, pero el impacto devastador de mis palabras fue obvio al observar su rostro. *Qué bien, Dave, pensé demasiado tarde, qué constructivo. ¡Qué oportuno comentario!*

Esperamos que hayas disfrutado
de esta muestra del libro
Cuando Pecadores Dicen: “Acepto”.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2014 Poiema Publicaciones

¡El Evangelio para cada rincón de la vida!